

PRECIO EN MADRID.

Por un mes. 4 reales.
 Por tres id. 11 »
 Por seis id. 21 »
 Por un año. 40 »
 Sale los jueves y domingos.

La suscripción empieza en 1.º y 15 de cada mes.

Cuatro cuartos número.

ADMINISTRACION Y REDACCION,

Huertas, 10, principal.

No se sirve suscripcion cuyo importe no se eciba con el aviso, en libranza ó sellos. La correspondencia, al DIRECTOR DE GIL-BLAS.

PRECIO EN PROVINCIAS.

Por tres meses en las Admon. de 45 reales.
 Por seis id. 28 »
 Por un año. 50 »
 EXTRANJERO.—Tres meses. 30 »
 ULTRAMAR.—Un año. 6 pesos.

Se suscribe en la Habana: Propaganda literaria, calle de la Habana, num. 400.

Cuatro cuartos número.

ADMINISTRACION Y REDACCION,

Huertas, 10, principal.

Toda suscripcion hecha por comisionado costará un real más en Madrid y dos en provincias.



GIL BLAS

LO QUE CORRE POR AHÍ

Estaba un servidor de Vds. deliciosamente ocupado en tomar un líquido de color que sirven en los cafés á real y medio la ración chica (y no es licor), cuando á mi lado se entabló el siguiente diálogo entre dos sujetos casi respetables.

—¿Ha estado Vd. en los toros esta tarde?
 —Hombre, no; como hacia frio me olvidé que habia corrida.

—¡Valiente aficionado será Vd. cuando se olvida de esas cosas!

—Valiente no diré yo que lo sea; pero aficionado sí. Hasta ahora no he perdido más que una corrida, y fué porque aquel dia me pusieron una docena de sanguijuelas en el cogote.

—Pues se ha perdido Vd. una cosa buena.
 —¿De veras? ¿Qué ha habido? ¡Cuente Vd., cuente usted!

Aquí llegaban mis amigos, cuando tambien yo sentí picada mi curiosidad.

¡Gracias á Dios que voy á oír algo relativo á los toros que sea digno de contarse! me dije, disponiéndome á escuchar. Acaso esté yo en un error muy grande; acaso he sido demasiado descontentadizo viendo en esa diversion, esencialmente española, solo la parte mala, la parte puramente animal. Pero aun estoy á tiempo de enmendarme. Por fortuna mia, no tengo mala voluntad á nadie; antes al contrario, los toreros me son simpáticos, y no deseo otra cosa que ocasiones en que poder convencerme de que su arte es útil bajo cualquier aspecto que se le considere en relacion con la moral y el progreso.

Aquí llegaban mis reflexiones y mis nacientes remordimientos, cuando rompió el silencio nuestro aficionado:

—Pues señor, siempre lo he dicho, Lagartijo no es torero.

—No diga Vd. eso, repliqué yo. ¿Conque no es torero Lagartijo? Hombre, pues pregúnteselo Vd. á cualquiera. Gasta coleta, torea, mata toros y se lleva el dinero.

—¿Quiere Vd. más pruebas de que es torero?

—Todo eso es verdad; pero no es torero de sangre.

—Pues será torero de agua.

—Quiere decir que no tiene pesqui para ver los toros.

—Con tal que tenga ojos.

—Los toros no se ven con los ojos, que se ven con el alma.

—¡Me deja Vd. pasmado! En fin, háganos Vd. el obsequio de decirnos qué ha ocurrido de bueno en la corrida de esta tarde, que ya estoy impaciente por saberlo.

—Verá Vd... ¡Si es necesario haberlo visto! Lagartijo se quedó parado delante del toro, mal parado por supuesto, porque era un bicho muy pegajoso, y el toro lo embistió y lo recogió tirándolo á lo alto; volvió á recogerlo y á tirarlo, y por último.

—¡Acabe Vd., hombre!

—Lo cogió por tercera vez.
 —¿Y lo mató?
 —Pues ese es el caso, que despues de tanta cogida, y de echarse las manos al vientre, y de llevarlo á la enfermería, resulta que ni ha muerto, ni se muere, ni se morirá de esta, ni las heridas (que son dos) valen la pena.

—¿Conque no valen la pena? ¡Pues que le devuelvan á Vd. el dinero!

Con esta corrida creo que ha terminado el abono de la presente temporada. Y con las heridas de Lagartijo queda probado lo que dijo *La Regeneracion*, que esta diversion es la ménos ocasionada á desgracias.

En cuanto á Lagartijo, si yo tuviera confianza con él, le diria:

—Me parece, amigo mio, que ha hecho Vd. muy mal en dejarse coger, porque no ha dejado Vd. á nadie contento: á unos, porque presta Vd. argumento en contra de las corridas de toros, y á los aficionados de sangre, porque habiendo sido su cogida de las de primera clase, se ha contentado Vd. con dos pitonazos sin consecuencia, en vez de quedarse muerto en el acto, como era de esperar de la buena aficion y de la gallardía con que le recogió á Vd. el bicho. Tenga Vd. más cuidado para otra vez. Pues qué, ¿no hay más que salir á la plaza, ponerse delante de la fiera, arrebatar un grito á la multitud, estremecer las entrañas de los aficionados de sangre, para que luego nos diga un cualquiera que sale de la enfermería que Vd. vive y que no tiene nada de cuidado? Vd. no ha sabido dejarse herir á la altura de las circunstancias ni á la altura del toro, que ha demostrado con su insistencia en recogerlo una inteligencia precoz y una prevision exquisita: era la última corrida, y si usted hubiese acabado allí, como era su deber, el recuerdo de su muerte duraria todo el año, y al empezar la temporada próxima, acudirian todos creyendo encontrar un espectáculo semejante. ¡Solo así se aumentaria la aficion que va cayendo por falta de buenos toros y de buenos toreros!

Esto diria yo al simpático Lagartijo, cuya desgracia, despues de todo, lamento de veras, por lo mismo que no soy aficionado de sangre. Creo, sin embargo, que él no opinaria conmigo, y me contestaria que su salvacion ha sido debida al auxilio de la Providencia, cosa que pone en duda un aficionado, el cual me ha asegurado despues que no ha sido la Providencia la que le salvó la vida, sino la circunstancia de ser el toro abierto de cuernos.

Mientras la última corrida de toros ha venido á demostrarnos lo que podemos esperar de esta clase de espectáculos, la representacion de *Luz y sombra* pone de manifiesto lo que debemos esperar de una actriz cuando tiene verdadero talento. Elisa Zamacois brilló durante algunos años como actriz cómica. Se alejó de la escena, viajó por cuenta propia, vivió despues como una señora particular, y yo, que la visité alguna vez, al verla dedi-

cada á los quehaceres domésticos, creí que aquella naturaleza artística iba á olvidarse del teatro para siempre. Los periódicos de provincias empezaron á hablar de ella. Murcia, Málaga y Granada se hacian lenguas de la *prima donna*, y por último aparece en la escena del teatro de Jovellanos. ¿No deciais que la zarzuela habia muerto? La zarzuela vive, la zarzuela vivirá siempre que haya artistas como los que se han encargado de representar la bellísima obra de Narciso Serra. ¿Y cómo no ha de manifestar el público con su asistencia y sus aplausos el contento que se apodera de su espíritu al sentir los magníficos versos expresados con tanta verdad y sentimiento por actores que están completamente dentro de las situaciones que interpretan?

Se me olvidaba decir que en la corrida de toros que hubo el domingo en Zaragoza, el matador Bocanegra recibió un golpe de un toro, que le impidió seguir matando.

Sintesis de este artículo.

En España hay dos artes: uno que mata y otro que da vida.

¡Elijan Vds.!

Luis Rivera.

TEATROS

PRINCIPE.—*Quien debe paga*, comedia original en tres actos y en verso.

Supongo, lector de mi alma, que no crees en los sueños, y supongo además que obras en ello muy cuerdamente: yo tampoco doy á los sueños importancia alguna, y sin embargo—quiero confesarte esta debilidad,—tales sueños he tenido á veces, que casi casi me han hecho vacilar en mi propósito de negarles toda confianza.

No puedo resistir á la tentacion de contarte mi último sueño de los de esta naturaleza.

Es el siguiente:

Creia estar en el teatro del Principe al concluir la primera representacion de la comedia de Gaspar Nuñez de Arce, *Quien debe paga*.

El sueño, como ves, lector amigo, nada tiene de particular hasta ahora.

Pero extinguido apenas el eco de la última palmada, apareció en escena un caballero, que despues de toser y *mondar el pecho*, dijo estas ó parecidas cosas:

—Señores, el autor de la comedia que acaba de representarse agradece sinceramente los aplausos del público: á pesar de todo, por si—como pudiera creerse—el triunfo que su obra ha conseguido alcanzar se debe á la oficiosidad de amigos más apasionados que discretos, me ha encargado de interrogar á Vds. (para conocer así el verdadero fallo de la *opinion pública*) qué les ha parecido *Quien debe paga*.

A este discurso siguió un silencio de algunos segundos; pero despues y casi simultáneamente salieron tres voces de distintos puntos, que por lo visto aspiraban á resumir el fallo de la *opinion pública*.

Una voz.—Muy buena.

Otra voz.—Regular.

Otra voz.—Muy mala.

La más horrible confusion sucedió á tan encontradas afirmaciones.

A duras penas consiguió el hombre del escenario res-

tablecer nuevamente el orden y hacerse escuchar otra vez.

«No ha de ser de este modo, señores, que así concluíamos por donde hemos principiado, esto es, por no entendernos unos á otros. No: es preciso que el que haya de hablar pida previamente la palabra; se necesita además fundar razonablemente la opinion que cada uno emite; y es imprescindible por último—pues que no nos conocemos—saber quién es el que habla, para poder formar más exacto juicio de la fé que sus palabras merezcan á los que escuchamos. He dicho, y principia la sesión.»

La primera voz.—Pido la palabra. Lo que yo soy no hace al caso; pero bueno será que sepais que no soy literato, ni siquiera versificador.

La obra me gusta mucho. Sus tendencias moralizadoras me agradan. Sus elevados pensamientos me satisfacen. Los versos me parecen fáciles y armoniosos, y halagan mi oído, y los personajes me son simpáticos, excluido por supuesto el pícaro Reinoso. Por eso digo que la comedia es buena, y muy buena.

Voz segunda.—Pues yo insisto en que es mala y muy mala. Yo, señores, soy un poeta, y ya ven Vds. si tengo más motivos para saber lo que es una comedia que el caballero preopinante.

Quien debe pagar es un plagio escandaloso; conjunto heterogéneo de retazos tomados de *El Hombre de mundo* y de otras obras ménos conocidas. El sacrificio de Blanca es un recurso malamente preparado y dispuesto contra viento y marea, que por añadidura se parece mucho á otra escena de *El Angel custodio*, comedia que arregló á nuestro teatro no hace muchos años el gran poeta, el malogrado vate *Ventura de la Vega*. Los versos, vamos, pueden pasar; pero los pensamientos son inmorales. Veán Vds. esa Elena, ese dechado de virtud, que dice á su esposo que si él echa por el lodo su honor ¿qué tendrá ella que guardar? ¡Bravo! aquí tienen Vds. la justificación del adulterio. Nada quiero decir de hacer esconder á Reinoso, cosa gastada, más que gastada, gastadísima en el teatro. En resumen; la obra no puede ser más mala. Y sostengo que el público que recibe con aplausos semejantes obras, merece que los poetas que *deben* ilustrarle le *paguen* en tan mala moneda,

Varias voces.—¡Fuera, fuera!

Tercera voz.—Señores, yo soy un aficionado simple: había creído que la comedia era una cosa regular; pero después de la censura tan acre como sandia que acabamos de oír con disgusto, y al par con extrañeza, no vacilo en asegurar que la comedia debe de ser excelente.

Solo el retrato de ese Roman, tan franco, tan noble, que con tanto desenfado destruye los infames proyectos de Reinoso y con tanto candor ama, solo ese retrato está indicando en su autor exquisita sensibilidad y poderosa inteligencia.

Una solterona.—¡Oh! y el carácter de Blanca... esa heroína...

Una ama de llaves.—No; pues esa Blanca, á mi no me digan, bien pudo quedarse escuchando detrás de la puerta, como era natural; y hubiera visto quién entraba y quién salía en el cuarto, y no se hubiera expuesto al percance que luego le sucede.

Una poetisa.—Pero así nos hubiéramos visto privados de la encantadora peripieza del acto segundo.

El ama de llaves.—Yo no entiendo de peripiezas, pero repito que Blanca debió quedarse escondida, por lo mismo que llevaba tanto cuidado.

Un casado.—Lo malo que hay es que Reinoso no debió haberse escondido; no hay razon para que se esconda.

Una casada.—Yo diré á Vd.; razon si hay para que se trate de evitar un encuentro desagradable; lo extraño es que le escondan precisamente en el despacho del amo de la casa, donde necesariamente habian de encontrarle en seguida.

Un banquero.—Lo más extraño de todo es que un

tenderito que solo tiene *nueve mil duros* de renta, realice en pocas horas el capital bastante para salvar á un banquero que ha perdido muchos millones, y que no tiene ni tres mil duros con que pagar un aderezo.

Un periodista.—¿Pues acaso quiere Vd. que en el teatro se enseñe aritmética mercantil? ¿O que cada comedia sea un libro de Caja?

Banquero.—No, pero siempre es bueno...

Un jugador.—Por lo que no paso es porque un hombre como Reinoso esté apasionado como un muchacho imberbe, y diga las célebres décimas del acto tercero, como podria decir las el mismísimo Garcés de Marcilla.

Un deudor.—Señores, no le demos vueltas, lo malo de la obra es el título.

Un acreedor.—El título nada tiene de malo, sino que es inexacto. Lo peor de todo es el final. Aquello de que el *insolvente*, á pesar de todo, paga con su *estimacion*, me parece ridículo. ¡Estimacion! ¡Estimacion! Mucho valdrá la de mis deudores, pero es un valor que no se cotiza en la plaza.

El presidente.—Señores: oidos vuestros pareceres distintos, quedo sin saber cuál es la opinion pública.

Muchas voces.—¡Buena, buena, buena! Que salga el autor.

Tales fueron los gritos y tales los aplausos, que consiguieron despertarme.

Lector, ya conoces mi sueño. Lo que no conocerás probablemente será la opinion pública.

Bien querria hablarte ahora,—no en sueños,—de la zarzuela estrenada últimamente en el teatro de Jovellanos; pero el examen de *Luz y sombra* capítulo aparte merece: permítame, pues, que lo aplace para el número venidero. Tuyo

Gil Pérez.

PASEO ALREDEDOR DE LOS CAFÉS

(Café de la Nacion Española: piano, cantoras, música nacional.)

He paseado ya dos cafés: el *Imperial* y el de *San Gines*.

Estoy en el tercero, el de la *Nacion Española*; y considero en él que, si tuviera que recorrer todos los cafés para escribir sobre ellos un artículo, necesitaria, no las pobres riquezas de un estudiante, sino las ricas pobreza de un capitalista; pero por gracia de Dios y desgracia de mi bolsillo, basta recorrer parte de ellos para dar una idea de lo que en los demás de su índole sucede. Ahora bien: sentado esto, y sentado yo, veamos y oigamos.

—¿No ícen que aquí cantan?

—Sí, hombre.

—Pues *La Correspondencia* no lo *nuncia*.

—Aunque estés *leñdola* todo el día, no *encuentrarás* esa noticia, porque es cosa de poca *convenencia*.

—Dí: ¿no es *melitar* aquel que está allá?

—Sí, es un *cevil*. Yo le he *conocío*. Ese *jue flaire*, y medio médico de un *hospítal*, *onde ganaba su sostenío*.

—¿Cómo se atusa el *mostacho*!

—Calla, que miras, y no crea que *venemos* aquí á *mermurar* de él.

—Mira aquella otra que cara e *ceracallote* tiene.

—¿Cuál? ¿Esa del *alfirel* de *corral*?

—Justo.

—Esa ha *estao* este verano en mi pueblo. Trataba con un tal *Calistro*, chico muy guapo que estuvo *fuendo* la *acmiracion* de la *metad* del pueblo.

—Chico, *paeces* un gacettillero. ¿Quién te ha *enterao* de tantas cosas?

—¡Bah! Tengo yo un *intrépete* que me lo cuenta todo por *lápices*.

puede figurarse el lector que no estarian muy desahogados.

Doña Quiteria se vió sorprendida en infragante delito de miriñaque; y que miriñaque! visto á cierta distancia parecia un palomar.

Como Manguela no tuvo tiempo de esconderse debajo de la cama, se colocó detrás del miriñaque, impidiendo de este modo que la señora Quiteria reparase su abandono acabando de vestirse.

Pacholí recorria la zona buscándole el bulto, y ella, queriendo escapar, no hacia otra cosa que recibir los matotazos del jóven.

A todo esto, el limpia-botas, viendo que no le hacia caso el de las botas, dejó en el suelo el banquillo, cogió los cepillos y se apoderó del pié de Pacholí diciendo:

—¡Ea, voy á acabar mi faena para que me dé Vd. los cuatro cuartos!

Pero Pacholí habia agarrado de la solapa á Manguela y tiraba fuerte, apoyándose en doña Quiteria; Manguela se resistia, y el limpia-botas tiraba del pié de Pacholí. Este equilibrio no podia durar mucho. El inglés, viendo que nadie le hacia caso, cogió por el pescuezo al limpia-botas, y entonces se perdió el equilibrio y todos vinieron al suelo.

Al mismo tiempo Casimira se habia aproximado á la puerta y á voz en grito pedia socorro.

Cuando acudieron los que habitaban los cuartos próximos, se encontraron con el siguiente cuadro:

—¿Y aquella *señá* que está allá con aquel *segurin*, y la otra *muychacha*?

—Aquella es una patrona que lleva los *grabanzos* de casa de mi amo. El otro es un *huésped* que paga el café de las dos.

—¿Y aquella...

—Calla, que van á cantar.

No bien suspenden el diálogo estos dos *eruditos*, cuando la señorita *Frasquita*, como ella se llama, sube sobre el tablado, y al compás del piano y del bastoneo de los concurrentes se pone á cantar:

Cuando á la calle
salgo á paseo,
al ver su talle
me contoneo.
¡Pobre de mí,
cuando la veo
moverse así,
así, así, así!» (*Meneo*)

¡Olé!... Aplausos, acompañamiento de *voces solas*, taconeo, bastoneo, meneo... ¡Ay, cuánto acabado en *eo*!

Yo me mareo...

—Chist...

—¿Qué es eso?

—Calla, hombre, que van á cantar en flamenco, en puro flamenco:

Son las mujeres del siglo,
libruac beceldá;
que cuando á comprarlas vamos,
danac daré leitutá.

Una mamá.—Niña, cada vez que oigo cantar en un idioma que no comprendo, me parece que dicen alguna picardia; y antes que lo traduzca alguno de los presentes, vámonos, que esto no me parece de buen gusto.

La niña.—Pero, mamá, lo interpretas de una manera...

La mamá.—Vámonos, vámonos.

Un pollo.—Chico, la Elisa se marcha.

Otro id.—Pues salgamos, que ayer no le pude dar la carta...

—Pero espera á que paguemos.—¡Mozo!

El pollo mete mano al bolsillo, saca la cartera, la vuelve á meter, registra los bolsillos, se suena las narices y mira de reojo á su amigo, que hace lo mismo.

El mozo es llamado á otra parte.

—(¡Y yo que he tomado el café en la creencia de que este lo pagaría!...)

—(Pues señor, me llevé chasco; yo creí que este me convidaría...)

Un amigo.—¡Hola, señores!—¿Café?—¿Os vais?

—Sí, vamos al teatro. (¡Qué aprieto!)

—Voy á pagar... (¡Qué compromiso!)

El amigo.—No permito que pagueis. Me convidásteis anteayer, y es justo que yo os corresponda pagando hoy.

—Eso sí que no... En fin, si te empeñas... (Qué á tiempo!)—(*Vase*.)

—Adios, amigo. (¡Qué felicidad! ¡De buena me he librado!)—(*Id.*)

—Chist... A ver si callan y nos dejan escuchar alguna armonía.

Un vascongado.—¡Oye, toca el zortzico de Bilbao!

Y el amable pianista accede á la petición de su paisano, y toca el zortzico, que un coro de vascongados tararea.

¡Qué de bravos, de viva, de bien por él y de mucho *mitilá*!

Un andaluz.—¡Vaya una malagueña por la *salú* é *Frazquita*!

Un eorista del Teatro Real.—¡La marcha de *El Profeta*!

El pianista.—Allá va la marcha.

Yo.—¡La marcha!... Esto indica retirada. Son las nueve y media. A otra parte con la música, que esta es la tumba del divino arte.

Cuatro hombres en tierra y un miriñaque monstruo de pié dominando aquella escena.

El miriñaque de doña Quiteria habia resistido todos los vaivenes y se conservaba intacto.

En el corto espacio que habia pasado desde que empezaron las carreras por la escalera arriba, habiase alborotado la fonda, y de todos los cuartos salía la gente alarmada.

Un cabo artillero, que á la sazón pasaba por la calle, subió, y sacando el machete se aproximó al cuarto, separando á un viejo que habia á la puerta en calzoncillos, y que estaba durmiendo la siesta en el cuarto inmediato cuando empezó á pedir socorro Casimira.

Entró, pues, el artillero con el machete en la mano, y como nadie le hacia caso, cogió al inglés, diciendo: «¡atrás, paisano!»

El inglés no retrocedió; tenia la vista fija en el limpia-botas.

—¡Este ser hombre grosero! decía, ¡este herir á milady y hacerle sangre negro!

—¿Yo? ¡Usted está *guillao*!

—Sangre negro... ¡Yo lo vi...! ¡Oh, venganza! ¡Yo matarlo! ¡Aquí viene milady!

En efecto, milady se presentó en aquel momento en un estado lastimoso. Era alta, seca y seria. Los bucles de cabellos rizados que caian á ambos lados de su cara, encerraban esta en un marco dorado, como las cornucopias que usaban nuestros abuelos.

Á TRAVÉS DE LOS BAÑOS MINERALES

(historia de un soltero cursi).

(Continuación.)

II.

Manguela no tenia en Madrid idea de lo que era capaz Pacholí: le habia conocido en los cafés, bailes y demás sitios que frecuentaba, en donde brillaba solo Manguela, soberano de la gracia y de los camelos. Pacholí á su lado era un infeliz, á quien nunca se le ocurría un chiste ni una desvergüenza bien dicha.

Pero habia salido de Madrid: la casualidad les habia puesto frente á frente del destino, y empezaban á proporcionarse ocasiones en que probar el temple de los caracteres, y entonces Manguela vió que su amigo tenia más pundonor de lo que él se figuraba.

Como es natural, tras esto alimentó la sospecha de que Pacholí era hombre incapaz de tolerar que otro hombre se le subiese á las barbas, y de aquí al miedo no habia para Manguela más que un paso.

Huyó de él llevando parte de su dinero, y así es que cuando vió que le seguia por la escalera, pensó que le iba á romper la cabeza, y no pensó mal.

Al encontrarse los seis personajes en el mismo cuarto de la fonda, un cuarto con dos camas y sin alcoba, ya

TRAGEDIA CASERA

CABOS SUELTOS



—Estás sola, paloma mía?
 —(Fingiendo la voz.) ¡Sí!
 —Pues ábreme, antes que venga el hipopótamo de tu papá.

Así que milady vió al artillero con el machete amenazando á su esposo, volvió á dejarse caer medio desmayada.
 —Pues señor, esto parece un hospital, gritó el cabo, todo el mundo se cae.
 El inglés tiraba del limpia-botas con fuerza, pero este logró desprenderse y se aproximó á Pacholi.
 —Señorito, le dijo, déme Vd. el otro pié, que voy á acabar de limpiarle...
 —En buena situación estamos...
 —Ya, pero es el caso... Yo no he cobrado todavía los cuartos...
 —¡Ah! ¿lo decía Vd. por eso...? ¡Tome Vd., hombre! Y le dió una peseta.
 —Es que no tengo cambio.
 —¡Guárdese la Vd.!

Aquí había que ver al limpia-botas: la alegría que le causaba aquella inesperada peseta le ponía fuera de sí. Lo primero que hizo fué dar un salto en medio del cuarto, diciendo:
 —¡Ole, salero! Es Vd. el señorito más generoso que ha venido de Madrid este verano. ¡Eh, suéltame tú, inglés! dijo volviéndose al inglés, que acababa de cogerlo por el pescuezo.
 —Milady tener sangre negro.
 —Y á mi, qué?
 Entonces el inglés le apuntó con el revolver.
 El artillero, que vió la acción del inglés, se apresuró

á quitarle el revolver, y en esta lucha se disparó, yendo á clavarse la bala en el techo.
 Al tiro sucedió un silencio aterrador. Todos se quedaron mudos y pasmados al principio; pero pasado el primer susto, cada cual comenzó á registrarse cuidadosamente, y al encontrarse vivos, parece como que olvidaron sus odios.
 El vecino, que había acudido en calzoncillos, salió del cuarto atropellando á unas cuantas personas que observaban la escena.
 El dueño de la fonda llegó por último á poner paz precisamente cuando por efecto del tiro había terminado la guerra.
 Sin embargo, el inglés era el más tenaz, é insistía en que el limpia-botas debía reparar la falta que había cometido pasando por encima de milady y haciéndole en el rostro sangre negro.
 —Yo tomar un venganza de este hombre impolítico, decía.
 —¿Y por qué, señor, si eso no es nada?
 —¡No es nada! Quitele Vd. ese sangre negro.
 Entonces el limpia-botas se acercó á milady, y con el cepillo le empezó á limpiar la cara, que se la dejó completamente manchada.
 —¡Ah! ¡Horror! exclamó el inglés, volviendo á sacar el revolver, que esta vez le quitaron entre el fondista y el artillero.
 En cuanto al limpia-botas, seguía diciendo á milady:

—Tenga Vd. paciencia, señora, que en seguida le voy á sacar en la cara el mejor lustre que Vd. ha visto.
 —Ea, no seas tú animal, dijo el fondista empujando al limpia-botas fuera del cuarto. Y ahora, añadió, ¿de quién es este cuarto?
 —Mío, respondió la señora Quiteria, ocultándose con la cubierta de la cama.
 —Está bien; pues los demás fuera, y dejemos solas á las señoras. Señores, cada cual á su cuarto, que no quiero que se diga de esta fonda que en ella hay escándalos.
 Aquí fué el apuro de Manguela, que contaba con quedarse y escapar así al furor de Pacholi.
 Todos iban saliendo.
 —Vamos, dijo por fin el fondista dirigiéndose á Manguela y Pacholi, ¿y Vds., qué hacen aquí?
 —Yo soy sobrino de mi tía, que es esta señora...
 —¡Diga Vd. que miente! interrumpió Pacholi.
 No hubo escape: Manguela salió también, y detrás Pacholi. Una vez en la escalera, este le cogió del brazo y se lo llevó sin decir una palabra.
 Algunos minutos más tarde, los dos amigos se hallaban sentados en una roca á la orilla del mar.

Luis Rivera.

(Se continuará.)

CABOS SUELTOS

Las ventanas de mi amigo D. Bernabé dan al jardín de un colegio de señoritas.

Mi amigo D. Bernabé se pasa á la ventana las horas muertas contemplando las colegialas.

El otro día le interrumpí: —¿Qué mira Vd. con tanta atención, Sr. D. Bernabé de mi alma?

—Es singular, me contestó: vea Vd., caballero, hace veinte años que vivo aquí, y esas colegialas son tan pequeñas como el primer día.

—¿Qué es la belleza sin pudor?
—Una comida sin sal.

Una actriz recibió un regalo de unos de sus admiradores, que consistía en un bonito volumen formado con varias hojas de billetes de Banco: el tomo tenía al dorso las iniciales de la actriz.

Esta contestó lo siguiente: «He leído con gran interés el primer tomo de la novela que Vd me envía. ¿Cuándo saldrá el segundo?»

El banquero cogió otros cuantos billetes y se los envió con esta nota:

Fin del segundo y último tomo.

Una solterona entradita en años decía á un joven que se empeñaba en beber del mismo vaso en que ella había bebido:

—¿Acaso desea Vd. conocer mis secretos?
El joven insistió con galantería y llevó á sus labios el vaso codiciado; pero se le vió dejarlo inmediatamente.

En efecto, acababa de descubrir uno de los secretos de la solterona. En el fondo del vaso había un diente postizo.

Tengo un amigo literato que es el hombre más vanidoso que existe en la república de las letras; un día le preguntaron su edad.

—Treinta y seis años, contestó con negligencia.
—Y dos de teta, le dijo uno que le conocía muy bien.

—No diré lo contrario; pero esos no los cuento porque en ellos no hice nada notable.

Un chico, en una comida que sus padres daban, se puso á lamer el plato después de haberse comido el dulce que le habían puesto.

—Pero, Luis, que te pego; ¡no hagas esas cochinas!
—Pues tú bien las haces cuando no hay nadie delante.

Esto que sigue es triste, pero es histórico; yo lo he oído en la contaduría del teatro del Príncipe hace algunos años: un pobre autor dramático fué á pedir un manuscrito que había presentado al comité de lectura hacia cerca de un año: el representante, después de haber buscado en los armarios durante media hora, lo sacó todo roído por los ratones.

—Al menos, exclamó tristemente el autor, esos pobres animalitos han sido más dichosos que yo; pues han tenido que comer durante ese tiempo.

—Mira, le decía un señor algo bolonio á su hija que se estaba muriendo del cólera, enseñándole los puños: sesenta reales me piden por un ataúd sencillo; si te mueres, de tus costillas los he de sacar; con que mira lo que haces.

Cierto periodista francés, que, entre paréntesis, nada tenía de comun con Crespo, defendía calorosamente la conveniencia y la justicia de la prisión por deudas.

—Hé ahí, decía á cierto amigo suyo, un procedimiento ingenioso para adquirir crédito.

En el lugar correspondiente, verán Vds. el anuncio del gimnasio de Goux, donde por poco precio se restauran las naturalezas enfermizas y se enseña el ejercicio de las armas para nuestro uso general y particular. Se lo recomiendo á Vds. con eficacia.

Trovos.

Aunque tu padre te diga que soy un mal pagador,
—dáme un beso y un recibo,
verás los que vuelvo yo.

Grande encuentras mi nariz y te burlas de mi olfato...
¡y fui tu novio y tu primo!...
¿hubiera hecho más un chato?

Para salir á la calle te pones «sigueme pollo;»
¿por qué encomiendas á un lazo lo que repiten tus ojos?

Para vacío, mi bolsa; para llenos, la ignominia; para rellenos... un pavo y el peinado de mi niña.

A pesar de las protestas de tu madre, no me enganchas... que tu tienes falda corta, pero una madre muy larga.

Al darme un beso digiste que te gustaba un vestido; exclamé: ¡no tengo un cuarto...! y el beso acabó en mordisco.

Entró cierto día una señora en casa de una familia de toda su confianza.

—Rosita, dijo á una niña que jugaba por la habitación, tráeme el álbum para entretenerme hasta que venga tu mamá.

—No, respondió la niña, mamá me ha prohibido que coja el álbum.

—Está bien, pero no vuelvas á decir no; eso está mal: se dice: *no señora*.

Poco después se acerca la niña, y dice sonriéndose inocentemente:

—¿Quiere Vd. jugar conmigo?
—No, déjame.

—¿Por qué no ha dicho Vd. *no señora*? pregunta entonces la criatura.

—Chico, es verdad que has concluido ya con Manolita?

—No, amigo mio, Manolita es la que ha concluido con mi patrimonio.

—Bien, es lo mismo: hace tiempo que debiste romper las relaciones.

—No, lo que hace tiempo que debí romperla fueron las costillas.

—Señorita, ¿quiere Vd. concederme este primer vals?

—¡Ah, caballero, lo siento, pero no me es posible!

—¿No baila Vd. tal vez, señorita?

—Sí; pero no bailo delante de gente.

Un sargento instruye á varios quintos á marchar en fila: no lo olvideis, dice, la marcha se rompe con el pié izquierdo.

—A ver. Uno, dos: uno, dos: uno, dos.

Un quinto principió con el pié derecho. El sargento al ver dos piés inmediatos que se elevan, grita enfurecido:

—A ver, ¿quién es ese avestruz que levanta los dos piés al mismo tiempo?

Erase un calvo. Y érase un joven de mucho pelo.

Los dos eran amigos, y el segundo dijo por burlarse del calvo:

—¿Quieres decirme quién es tu peluquero?
—¡Mi peluquero! ¡No lo sepas, desgraciado, es el vicío!

—¡Ah, señora! ¡Vale Vd. mucho! ¡Es Vd. un cero!...

—Muchas gracias.
—Déjeme Vd. acabar. ¡Es Vd. un cero... á la derecha del hombre!

PASATIEMPO

Solucion á la Charadas del número anterior:—1.^a *Aspar*. —2.^a *Otomano*.

CHARADA

En meditacion profunda ante segunda y tercera, ví á mi todo, que era oriunda de primera con segunda, y la hallé muy hechicera.

(La solucion en el número próximo.)

Correspondencia de GIL BLAS.

- D. J. P. M. (Granada).—Muchas gracias. Dentro de poco se nombrará un comité para el efecto.
- D. P. B. (Ubrique).—No me atreva á recomendarle ninguno, porque no me gustan.
- V. de H. librería (Zaragoza).—No podemos dar los Almanques en comisión para provincias.
- D. F. R. de la S. (Santa Pola).—Creemos haber dicho la verdad, aunque en pocas palabras. El que lo ha dicho es profesor acreditado. Pronto saldrá el Almanaque.
- D. N. N. (Santander).—En el Almanaque se verá Vd.

Editor responsable, D. JOSÉ PEREZ.

MADRID: 1867.

IMPRENTA DE R LABAJOS, CALLE DE LA CABEZA, 27.

ALMANAQUE DE LAS HIJAS DE EVA PARA 1868.

Escrito por una porción de Adanes. Contiene: cuentos, chismes, pensamientos, cosas que lo parecen, versos, verzas, modas, modos, historias, esto, lo otro y lo de más allá; en fin, es cosa de leerlo. Se vende á 2 rs. en la librería de los editores Gaspar y Roig, calle del Príncipe, núm. 4, Madrid.

GRAN GIMNASIO HIGIÉNICO-DINAMOGRAMICO.

SALA DE ARMAS Y TIRO DE PISTOLA. Mr. Goux, director del gran gimnasio, único de su clase en España, establecido en la calle del Barquillo, 8, triplicado, deseoso de complacer al público que tanto le ha distinguido, ofrece á este su establecimiento, montado según los adelantos modernos, á precios reducidos. Gimnasia, por un mes, 50 rs.; por 3 id., 120; por 6 id., 180; por un año, 240 rs. Armas, por un mes, 40 rs. Tiro de pistola, por una docena de balas, 4 rs.

CASA DE PRÉSTAMOS.

Se ha establecido una de toda confianza, calle del Baño, núm. 11.—2

ENCUADERNACIONES

En el obrador de Vicente Martín, calle del Lobo, número 10, se glasea toda clase de papel con la mayor prontitud y economía. También se doran letreros é iniciales sobre cintas, petacas, carteras, etc., etc.

CUMBERLAND, MUÑOZ Y MEXÍA

Gerentes de la Gran Sastrería, núm. 34, Carrera de San Gerónimo, esquina á la calle del Baño.

Tienen el honor de anunciar al público haber recibido sus surtidos de novedades para la próxima estación, y aumentado el personal industrial de la casa con operarios de reconocido mérito en el corte especial de UNIFORMES DIPLOMÁTICOS, MILITARES Y NAVALES; TRAJES DE BAILE, SOCIEDAD Y PASEO; AMAZONAS Y ABRIGOS PARA SEÑORAS; VESTIDOS PARA NIÑOS Y LIBREAS. Esta importantísima casa, que cumple altamente con las más acreditadas de su clase en el extranjero, es la primera en España por su inteligente y escogido personal industrial, por el gusto y esmero en la confección de toda clase de prendas, por su puntualidad y premura y por lo selecto y grandioso de sus surtidos. Las compras de esta casa, en relacion con sus ventas, cada día más considerables, facilitan el medio de obtener de los fabricantes excepcionales ventajas, las mismas que se ofrecen al público, en la siguiente

NOTA DE PRECIOS.

- Trajes de sociedad, frac, pantalon y chaleco, elasticotinas inglesas y sedán. 600, 700 y 800 rs.
- Id. de paseo, chaquet, pantalon y chaleco, género inglés, angora. 500, 600 y 700.
- Id. de negligé ó de mañana, chaquet ó americana, pantalon y chaleco, g.^o inglés. 400, 500 y 600.
- Levitás y chaquets de vestir, melton, tricot, elasticotina superior. 400, 480 y 560.
- Gabanes y levitones de abrigo de elisian, feur Beaver, edredones, ratinas. 360, 400, 440, 480, 520, 560 y 600.
- Pantalones ingleses y franceses, en su mayor parte dibujos exclusivos. 420, 440, 460 y 480.

Uniformes, amazonas, abrigos, trajes de niño y libreas; sus precios en relacion con el material, bordados, adornos y divisas.

Remesas á provincias. On parle francais. Si parla italiano. English spoken.

IMPORTANTÍSIMO.

Toda persona de clase industrial, mercantil ó propietaria, que se halle con atrasos en sus intereses y necesite una persona inteligente que se encargue del arreglo de sus negocios y el pago á sus acreedores, sin necesidad de acudir á los tribunales de justicia, por el correo interior dirigirá las señas de su habitación y hora que pueda verse á D. Romualdo Sologure, calle de Lavapiés, número 15, principal interior derecha.—2



Es el mundo una orquesta á la que debemos asistir, y escuchar colocados convenientemente según la distancia que necesiten los oídos de nuestro corazón.

Verdadero y único regenerador DE LA CABELLERA.

Ha llegado á preocupar tanto la opinión pública el Acetate de Bellotas que con frecuencia surgen controversias acaloradas. En la escena, en las prensa, críticos, serios y satíricos, médicos, farmacéuticos y todos en general y por doquier, comentan las propiedades higiénico-terapéuticas del nuevo descubrimiento, y en muchas ocasiones sin autoridad para ello.

Aunque inventor de este profiláctico de tocador, cuyo secreto ha estado oculto á todos los hombres que me han precedido desde la creation, solo me limitare á decir con Vauvenargue: «Peccos, per no accir ningún pensamiento ó invención, pueden ser evidentes á todos Inces.» Antes de entrar en nuevos debates, usar este específico, recomendado por más de 60 periódicos. Se vende en la calle de Jardines, núm. 5, á 6, 12 y 18 rs. frasco. Si mi indicacion la juzgais parcial, á continuación transcribo lo que decía espontáneamente La 1.^a Orma, el 16 del actual:

«ACEITE DE BELLotas. Cada día se estiende y generaliza más el uso de este precioso aceite, á la vez utilísimo como cosmético y como medicamento, pues no solo conserva, fortifica y hace crecer el cabello, sino que cura muchas dolencias de la cabeza, y principalmente entre las erupciones herpéticas. En prueba de ello hemos tenido el gusto de leer numerosas cartas dirigidas á su inventor, el laborioso español D. Manuel Lopez de Brea y Moreno por personas de todas clases y categorías, manifestándole su gratitud por los beneficiosos resultados que han obtenido de esta invención, ya recobrando el cabello que habían perdido, ya evitando una canicie prematura, ya tambien librándose de afecciones cutáneas que habían resistido á los más enérgicos y preconizados remedios.»